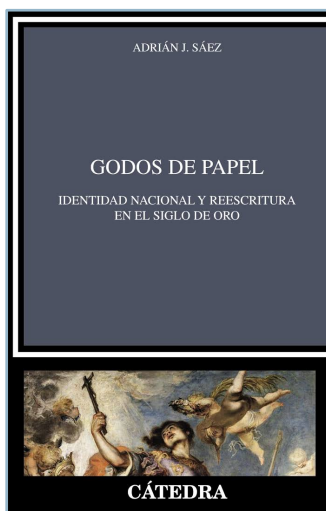


SÁEZ, Adrián J., *Godos de papel: identidad nacional y reescritura en el Siglo de Oro*, Madrid, Cátedra, 2019, ISBN: 978-84-376-3992-5. 302 págs.

David ARBESÚ

University of South Florida (Estados Unidos)

arbesu@usf.edu



En julio del año 711 las huestes de Tariq Ibn Ziyad cruzaron el estrecho de Gibraltar y se enfrentaron al ejército de Rodrigo en las proximidades del río Guadalete. La victoria de las tropas invasoras fue tan fulminante que supuso la efectiva desaparición del reino visigodo de Toledo y la anexión de la antaño provincia romana de Hispania al Califato Omeya de Damasco. Con Rodrigo, «el último rey de los godos», concluía entonces una larga lista de monarcas de ascendencia germánica que, por azares del destino, había llegado a reinar sobre los antiguos habitantes del Imperio Romano, si bien la relación entre

gobernantes y gobernados nunca fue —digámoslo así— digna de mención. De ahí que, cuando los árabes decidieron invadir la Península Ibérica a principios del siglo VIII, se encontraron con un reino profundamente dividido y con una gran parte de la población dispuesta a colaborar en el descalabro de la élite germánica. Si bien es cierto que los «godos del oeste» habían ido adaptándose progresivamente a las costumbres de los hispanorromanos (Hermenegildo y Recaredo, cada uno a su manera, llevaron el catolicismo a los godos), también lo es el que unos y otros nunca combinaron bien del todo. Y, sin embargo, a pesar de que los siglos de hegemonía visigoda en Hispania no tuvieron particular relevancia en la historia del país, la imagen de los visigodos, su legado y su carga simbólica han sido (y son todavía hoy) una presencia constante en el arte, la historiografía y la literatura española desde los albores de la Edad Media.

Los «godos de carne y hueso» se oponen así a lo que Adrián J. Sáez ha denominado con acierto «godos de papel», es decir, las configuraciones y

modificaciones que entre la historia y la ficción se realizan del reino visigodo mediante reescrituras interesadas o mediadas. Si el reinado de los primeros parece más un episodio anecdótico entre dos épocas bien delimitadas (Imperio Romano y Califato Omeya), la presencia de los segundos se hace sentir en cada página de nuestra historia y literatura. Hay godos «en las mil y una variantes artísticas, con la pintura a la cabeza» (pág. 20), hay godos en la práctica totalidad de los cronicones medievales, en Cervantes, en Lope, en Quevedo, en los autores del Romanticismo, en la Guerra Civil Española, y —en definitiva— hay godos en cada uno de los momentos históricos en los que se ha necesitado echar la vista atrás a un pasado idealizado y a una época gloriosa que, en realidad, poco tuvieron de uno o de otro.

Poner orden en el entramado gótico —tan fructífero como problemático— es, como era de esperar, una «labor hercúlea» (pág. 16) que supera los límites del presente trabajo. El volumen, dividido en una Introducción y cinco capítulos (más un prólogo de Luis Alberto de Cuenca), se organiza entonces en torno a dos vértices temporales: el pasado (el reino visigodo) y el presente (el Siglo de Oro), analizando en un todo coherente la configuración del mito neogótico con sus variantes, la galería de formas, funciones y sentidos que presenta, y por último la capacidad de adaptación de los godos en el tiempo. La elección de un corpus formado exclusivamente por obras del Siglo de Oro obedece a tres razones principales: la primera, obviamente, ceñirse al espacio permitido por las trescientas páginas del libro; la segunda, limitar el análisis a obras literarias (en contraposición a otras manifestaciones artísticas); la tercera, más importante, el poder así centrarse en el mito neogótico que, como transformación del primer goticismo y relacionado directamente con un intenso proceso de construcción de la identidad nacional, alcanza un desarrollo sobresaliente en los siglos XV-XVII. El presupuesto del que parte el autor, pues, es que el mito neogótico es en realidad «un sistema simbólico con un papel privilegiado en la conformación de la identidad nacional ... porque, tanto en historia como en ficción, los godos de papel son la piedra de toque de la construcción de la identidad nacional» (pág. 20). Partiendo de ahí, el libro ofrece una aproximación por calas a las obras más relevantes del Siglo de Oro para seguir los procesos de conformación y transformación del susodicho mito neogótico.

El capítulo 1 (*Una y diversa: la formación nacional de España*) es, en opinión de quien suscribe, uno de los más interesantes. Además de ser «brújula de navegar para todo el libro» (pág. 25), en él se hace un recorrido por las distintas teorías sobre los orígenes de las naciones y los procesos de construcción nacional, pasando luego al caso particular de España y a la formación del mito neogótico. El

capítulo es, pues, esencial para entender los presupuestos teóricos de los que parte el autor y que se aplicarán más adelante al análisis de las obras historiográficas y literarias. La discusión en torno al término «nación» es, obviamente, complicada, si bien pronto se circunscribe a la cuestión de su (mayor o menor) antigüedad. La elección de este parámetro frente a otros beneficia los presupuestos teóricos de Sáez, quien descarta tempranamente las teorías más radicales para quedarse prudentemente en «la vía del medio», según las teorías etno-simbolistas de Armstrong, Hutchison y, sobre todo, Smith: las naciones son entidades modernas (pero no «ultramodernas») trazadas *a posteriori* que se anclan firmemente en el legado étnico (memorias, mitos, símbolos y tradiciones), que constituye el verdadero foco de poder de todo nacionalismo (pág. 30). Dicha definición —que nos parece también la más acertada—, favorece el análisis de la construcción nacional española a través de su literatura (los «godos de papel»), que tras aportaciones previas más tímidas arranca con fuerza en los siglos XV-XVII.

Para el caso de España, y desde la óptica del Siglo de Oro, hay que hablar entonces del mito neogótico, fundamentado en la equiparación de la historia gótica con la hispánica. Para Sáez —como ya hemos advertido— la elección de los godos para tal propósito puede antojarse sorprendente «y hasta inconcebible» (pág. 56), pero tras un cuidadoso e interesante análisis de los otros candidatos a mito fundacional, queda claro que los godos —idealizados ya desde la *Germania* de Tácito— tenían todas las papeletas para alzarse victoriosos. Ni la vertiente clásica (Eneas, Hércules, Hispano), ni la indigenista o iberista (Túbal), ni la cantábrica (mitos astur-cántabros y vizcaínos) contaban con las cuatro condiciones analizadas por el autor: rechazo y superación de Roma, preferencia por las historias con un cierto apoyo en pruebas documentales, ambigüedad e hibridez racial, y poder simbólico. Según Sáez, si los visigodos superaron a todos los otros contendientes es porque contaban con una larga lista de méritos que podrían resumirse en la antigüedad y prestigio del mito de origen, en ser emblema de unidad política y religiosa, y en su certificado de nobleza y limpieza de sangre. Su procedencia nórdica, además, facilitaba la aceptación en España de los monarcas de la casa de Austria, con lo que no es de extrañar que fuera entonces a partir de Carlos V cuando el mito neogótico comenzó a cobrar más y más fuerza.

El capítulo 2 (*Historias de godos: usos y abusos*) entronca con el primero al centrarse en la representación de los godos en varias crónicas de los siglos dorados. Nos vamos deslizado así, a través de la historiografía, desde los presupuestos teóricos generales planteados en el primer capítulo a las obras literarias que se

analizarán en el tercero. El capítulo parte de un análisis de la historiografía gótica por excelencia, desde la obra de San Isidoro a la *Estoria de España* de Alfonso X, pasando por las crónicas más relevantes de los distintos reinos peninsulares (*Albedense, Alfonsina, Silense, Najerense, Chronicon Mundi, De Rebus Hispaniae*), para centrarse luego en varias obras de carácter historiográfico de los siglos XVI y XVII. Se favorecen aquí las obras escritas en castellano (frente al latín) con la elección de autores como Florián de Ocampo, Esteban de Garibay, Ambrosio de Morales, Julián del Castillo, Juan de Mariana y Gonzalo de Illescas, entre otros textos históricos menos importantes. Este corpus arroja interesantes datos sobre la carga simbólica de los godos en la historiografía áurea (con sus modelos positivos —Wamba, Recaredo, Pelayo— y sus villanos —Witiza por excelencia—, que sirven como espejo de príncipes) y, sobre todo, permite un análisis de la pervivencia en el Siglo de Oro de los distintos modelos de construcción nacional esbozados en el capítulo anterior. Así, el capítulo demuestra que, lejos de favorecer el neogoticismo por encima de las demás variantes, el panorama del mito neogótico en la historiografía del Siglo de Oro presenta tres opciones principales. Vemos, por un lado, la variante clásica de los «godos españoles» (que Garibay sintetiza afirmando que don Pelayo «no era de nación godo, sino natural español»); por otro, la «reacción hispana con la alternativa cántabro-vascongada», y —por último—, la defensa y construcción de la continuidad gótico-castellana.

De especial interés en el capítulo es también el examen de las corografías sobre Toledo escritas por Pedro Alcocer, Francisco de Pisa y Jerónimo Román de la Higuera. En el contexto de las luchas por conseguir el título de ciudad imperial (que recayó finalmente en la capital) y la primacía eclesiástica de España (que se llevó, en efecto, Toledo), la ciudad tendría que batirse en duelo literario no solo con Madrid, sino también con Santiago de Compostela, Sevilla, Tarragona y Zaragoza. Es por esto que en el Siglo de Oro se orquesta una campaña en defensa de los privilegios de Toledo en la que, como bien ha demostrado Sáez, el pasado godo era su mejor carta de presentación. Representando la síntesis de la historia de los godos en España y como repositorio de sus mayores glorias, la ciudad de Toledo funciona como metonimia del reino visigodo, con lo que los autores de estas corografías utilizaron a destajo el mito neogótico en defensa de la ciudad.

En el capítulo tres (*Godos de ficción: visiones y reflejos*) se estudia la función de los «godos de papel» en los distintos géneros literarios del Siglo de Oro. En la época, dice el autor, los godos entran «en todas las modalidades literarias habidas y por haber» (pág. 143), primero desde el romancero y después pasando al resto de

poesía, prosa y teatro. El capítulo va ganando en intensidad e interés según avanza, puesto que comienza con Miguel de Cervantes, en cuya obra, sin embargo, «no hay ningún personaje godo con acción ni voz y apenas hay un pequeño manojo de menciones góticas» (pág. 146), aunque el autor defiende la inclusión de este autor por su importancia en la literatura española y universal y concluye que «los godos en Cervantes son pocos pero bien representativos, porque sus apariciones comprendían todos los valores del mito neogótico» (pág. 158). Algo parecido ocurre con la poesía de Francisco de Quevedo, que «toca la materia gótica en dos sonetos ... y de pasada en varios lugares diseminados» (pág. 196), con un par de obras de fray Antonio de Guevara, las *Novelas* de Pedro de Salazar y el *Guzmán de Alfarache*, donde los «godos de papel» no son tan frecuentes como en otros géneros, pero siguen siendo muy representativos de la utilización que del mito neogótico se hizo en el Siglo de Oro.

Especial interés tiene el apartado dedicado a este mito en la representación del rey Gustavo Adolfo de Suecia en la *Política española* (1619) de Juan de Salazar y el *Diálogo político* (1631) de Juan de Palafox y Mendoza, aunque la palma del capítulo se la lleva el teatro. Además de explorar varias obras de tema gótico de Lope de Vega y Calderón de la Barca (el primero mucho más interesado que el segundo en la historia de España), Sáez aprovecha la existencia de varias obras de teatro dedicadas a la figura del rey Hermenegildo (canonizado en 1585 como mártir de la Iglesia Católica) para analizar cómo los dramaturgos del Siglo de Oro utilizaron a este rey en el proceso de construcción de la identidad nacional. El hecho de que contemos con al menos seis obras (Lope de Vega, Antonio Enríquez Gómez, Calderón de la Barca, Sor Juana Inés de la Cruz, Juan Claudio de la Hoz y Mota, y Hernando de Ávila *et al.*) dedicadas al martirio de Hermenegildo ya es prueba suficiente de la importancia de este rey para el mito neogótico, pero el análisis de Sáez pone de relieve las particulares circunstancias con las que se juega. En una historia que, como advierte el autor, no está exenta de problemas (al fin y al cabo Hermenegildo se rebeló contra su padre y señor), los distintos acercamientos dramáticos van primando la lectura religiosa sobre la materia histórica y, poco a poco, se van reforzando los lazos entre el martirio del «godo católico» con la imagen de la casa de Austria.

El análisis historiográfico y literario llevado a cabo en los capítulos precedentes se cierra en el capítulo 4 (*La Gothic connection: el ingenio de la diplomacia*) con una aproximación a varias obras literarias de carácter diplomático que buscaron en el mito neogótico la ansiada conexión entre España y los reyes del norte de Europa

(en particular, Suecia y Dinamarca). Es obvio que los grandes avances en los procesos de construcción nacional europeos fueron de la mano de un fuerte desarrollo de las relaciones internacionales y, en este contexto, el autor se fija en el nacimiento de la diplomacia moderna, en la representación de los embajadores en el teatro del Siglo de Oro y, especialmente, en el uso que dieron al mito neogótico obras como la *Corona gótica* (1646) de Diego de Saavedra Fajardo y las *Selvas dánicas* (1655) del conde de Rebolledo, autores que ejercieron a la vez de escritores y diplomáticos. De nuevo, la diplomacia española —como bien ha demostrado Sáez— hace un elogio y defensa del mito neogótico para fundamentar los derechos de España en Europa y, en el contexto de la Guerra de los Treinta Años, para luchar contra las pretensiones de Francia y ganarse la simpatía de los hermanos godos del norte.

El libro concluye con el capítulo 5 (*Siglo de Oro, siglo de godos: conclusiones*) y repasa todos los aspectos analizados en los capítulos precedentes. Sabemos, sí, que «con frecuencia se echa mano de los godos de papel —convenientemente adornados— para defender la antigüedad, la legitimidad y el prestigio de la Monarquía hispánica» (pág. 241), pero las trescientas páginas del volumen dan para mucho más. El «tema de los godos» ha sido estudiado en multitud de ocasiones, y el haber limitado el análisis a ciertas obras literarias del Siglo de Oro bien pudiera hacernos pensar en una limitación de género y de tiempo que no hace justicia a la *selva selvaggia* que supone el tema gótico en España. Nada más lejos de la realidad. Si una cosa queda clara en el libro es el gran acierto que supone acercarse al tema desde la óptica literaria del Siglo de Oro, período histórico en el que —como el autor ha demostrado con creces— convergen a su vez los intentos de la casa de Austria por legitimarse en España, el desarrollo del mito neogótico en la historiografía castellana y varios hitos europeos que se consideran fundamentales en el proceso de *nation-building*. Admite el autor que «la amplitud y polivalencia del mito neogótico ha obligado a comenzar este trabajo desde muy atrás» (pág. 241), pero no entenderíamos el libro de otra manera. Los presupuestos generales del primer capítulo enlazan perfectamente con el análisis de las obras historiográficas y literarias, y el devenir narrativo entre el pasado godo y el presente áureo es fundamental para entender cómo los autores del Siglo de Oro convirtieron lo histórico en legendario y, con sus adornos y retoques, convirtieron a los godos de carne y hueso en «godos de papel». Las más de cincuenta páginas de bibliografía con las que se cierra el volumen son buena prueba de la seriedad y erudición con la Sáez se ha acercado al tema, con lo que no podemos sino recomendar su lectura a todos aquellos interesados en la

literatura del Siglo de Oro, en la construcción de la identidad nacional de España, o en el mito neogótico que tanto influyó en ambos.